

El mundo maya: miradas japonesas

Kazuyasu Ochiai
COORDINADOR



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2006

EL MUNDO MAYA: MIRADAS JAPONESAS

Kazuyasu Ochiai	
Introducción	7
Takeshi Inomata	
Actuaciones teatrales y poder en las cortes reales de los mayas del Clásico	15
Kazuo Aoyama	
El estudio de la lítica maya y la organización socioeconómica: dos casos de estudio en Copán y Aguateca	33
Yoshiho Yasugi	
El enfoque de agente en los idiomas mayas.	63
Tsubasa Okoshi	
<i>Kax</i> (monte) y <i>luum</i> (tierra): la transformación de los espacios mayas en el siglo XVI	85
Shigeto Yoshida	
Las enfermedades del cuerpo maya y sus síntomas “fisiológicos” a través de un análisis del maya yucateco colonial	105
Joji Hatsutani	
El ciclo anual de vida de los mayas de Quintana Roo: una investigación de campo en el archivo	137
Junji Koizumi	
Etnicidad y Estado nacional en Huehuetenango, Guatemala: el resultado de las elecciones y el problema del nacionalismo comunal	157

Mitsuho Ikeda	
Reflexiones sobre la violencia política y la antropología: la actualidad guatemalteca	179
Motoi Suzuki	
¿Cómo apreciar las organizaciones mayas en Yucatán? Un dilema para la Antropología del desarrollo	211
Kazuyasu Ochiai	
El ser y el tiempo entre los mayas. “Un trompo no se cae mientras siga girando”	227

Introducción

Kazuyasu Ochiai

Ciertamente Voltaire se mostró ambicioso al planear, en 1765, su *Filosofía de la Historia* como una historia mundial alternativa. No le placía el reconocimiento histórico prevaleciente por entonces, que partía del supuesto de que todo se había derivado del Egipto antiguo, ni que se remitiera sólo a Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma como cuna de la civilización, la cristiana. Ya que para él la historia confinada en la extensión de la Escritura no era una historia *mundial*, no le quedó más remedio que emprender una descripción vívida no sólo de Egipto y las riberas de los ríos Tigris y Eufrates sino también de los habitantes de India y China, más allá del oriente del mundo bíblico (Voltaire, 1990). Ya que su estilo era comparativo, antropológico y, por lo tanto, moderno, resultó inevitable que su libro fuese criticado severamente por el clero. De hecho, apenas pudo evitar que se prohibiera su publicación.

El ilustrado supo enfrentarse con el dogma intelectual de sus días, pero seguramente no pudo imaginar siquiera que sus ideas resucitarían en la parte opuesta del continente euroasiático casi dos siglos después.

Fue precisamente en el Japón de la posguerra donde se registró a nivel popular un auge en el interés por las civilizaciones antiguas, casi contemporáneas, que surgieron alrededor de los ríos Nilo, Tigris / Eufrates, Indo y Yangtze Kiang / Hwang Ho. Fueron rebautizadas en los textos escolares de la historia mundial en 1952 con una denominación colectiva: "las cuatro grandes civilizaciones del mundo". Convendría por tanto explicar el porqué a un seguramente estupefacto Voltaire.

Después de la caída del Shogunato Tokugawa en 1867 y la subsecuente Restauración Meiji, el objetivo del Estado japonés era occidentalizar y modernizar el país. El lema nacional fue "salir de Asia y entrar en Europa" porque la Europa moderna era considerada la única civilización a imitar. El Gobierno japonés envió jóvenes talentosos a ese continente, empleó cientos de profesionales europeos y estadounidenses como maestros de la tan deseada modernización, e

importó ideas y sistemas occidentales tales como la Constitución Prusiana, el Código Civil francés o el sistema militar inglés. En 1905 Japón logró salir victorioso en su guerra contra Rusia, uno de los súper-poderes de la época. A partir de entonces el Japón imperialista se convirtió en uno de los países colonialistas más poderosos del mundo.

En 1941, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, un Japón apresuradamente modernizado declaró la guerra a los Estados Unidos, modernizados con idéntica rapidez. Sufrió una desastrosa derrota sellada en agosto de 1945 con el lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. La derrota dejó en los japoneses dos heridas: la física y la mental. Además de la pérdida de más de 3 100 000 almas de soldados y civiles, el país quedó físicamente devastado. El daño material fue recuperado en 30 años, como atestigua el desarrollo socio-económico de posguerra. Otra cosa muy distinta se registró en cuanto al invisible trauma mental.

La presencia de la ocupación militar estadounidense por todo el país fue la prueba de la inferioridad de la modernización japonesa ante la de su ocupante. Poco después de la guerra comenzó a discutirse acaloradamente en Japón la modernización nacional: ¿era insuficiente o incorrecta? ¿Deberíamos hacer mayores esfuerzos para occidentalizarnos aun más que antes? ¿Tendríamos que inventar una modernización de tipo japonés en vez de imitar al Occidente? ¿Era imperativo apostar por la modernización o existiría acaso otra alternativa?

En una palabra, Japón tenía el problema de un país modernizado fuera del contexto geográfico occidental: situar en la perspectiva de la historia mundial moderna su cultura, autóctona pero al mismo tiempo muy occidentalizada (Habrían de transcurrir varios años antes de que se reconociera que históricamente Japón ha cobijado en sí diferentes culturas.)

Los japoneses de la posguerra estaban en busca de la respuesta a los soliloquios arriba mencionados, de nuevos caminos políticos tales como el comunismo, o de la manera de soterrar cuanto antes todo el pasado. En este contexto apareció una nueva epistemología histórica volteriana de "las cuatro grandes civilizaciones del mundo": Egipto, Mesopotamia, India y China. Ya que todas esas cuatro civilizaciones eran muy antiguas, ninguna ejercía una influencia sustancial sobre el Japón de entonces ni ofrecía una respuesta a su problemática. Parecían, sin embargo, presentar alternativas a la civilización occidental dominante, que había dejado de ser una opción. No es por tanto extraño que aun hoy las exposiciones que tratan de esas antiguas civilizaciones no occidentales sigan atrayendo a numerosos visitantes.

El interés del público japonés en las civilizaciones prehispánicas de las Américas se inscribe en esa misma problemática del Japón de la posguerra, aunque en una escala menor, si hemos de juzgar por el patrón de presentación de exhibiciones, las publicaciones introductorias y su comercialización en los medios masivos. Así por ejemplo, la civilización maya, acerca de la cual se habían editado algunos libros en japonés incluso durante la guerra (p.e., Okada, 1942), nunca había recibido la atención científica que merecía hasta que Eiichiro Ishida, uno de los fundadores de la antropología de posguerra en nuestro país, hizo un recorrido por la zona maya y escribió un libro comprehensivo en japonés sobre esa antigua civilización (Ishida, 1967). De hecho, fueron las civilizaciones andinas las que recibieron mayor atención de los americanistas japoneses en los años por venir. La Expedición Científica de la Universidad de Tokio en los Andes se puso en operación en 1958 y ha continuado sus actividades hasta ahora, por más de 45 años. El proyecto ha ejercido mucha influencia académica y educacional tanto en Japón como en el exterior. Numerosos estudiantes interesados en la antropología americanista acudieron entusiasmados a la Expedición, que les ofrecía la oportunidad de realizar trabajo de campo en el Perú.

No fue sino hasta la segunda mitad de los años 1970 cuando, con un atraso de casi 20 años en comparación con los estudios andinos, los antropólogos japoneses comenzaron a llevar a cabo investigaciones de campo de larga duración en los Altos de Chiapas y los Cuchumatanes guatemaltecos, con becas otorgadas por instituciones mexicanas y estadounidenses o por agencias internacionales. A partir de los años 1980 se ha incrementado el número de etnólogos japoneses que investigan en México (Yucatán, Quintana Roo, Chiapas), Guatemala y Honduras con la ayuda financiera del Gobierno y fundaciones japoneses. El auge económico de Japón después de los años 1980 ha facilitado, en general, los trabajos de campo de los jóvenes antropólogos en el exterior. Esta actitud y los esfuerzos de nuevos investigadores han favorecido los estudios mayas en Japón. Cabe destacar que en la misma década emprendieron las excavaciones en sitios arqueológicos en Honduras los miembros de los equipos de Voluntarios de la Cooperación Japonesa en el Exterior, un programa estatal al estilo de los Cuerpos de Paz estadounidenses. El proyecto apadrinó a la primera generación de arqueólogos mayistas japoneses, algunos de los cuales trabajan ahora en Aguateca y Copán. Es de mencionar también que otros arqueólogos japoneses han laborado en Yaxchilán, Kaminaljuyú, Caracol y Chalchuapa, entre otros sitios.

A pesar de la corta historia de estudios mayas en su país, por más de un cuarto de siglo los estudiosos japoneses se han mostrado particularmente acti-